

No es el caudillo que esculpe la patria grandeza con cinceles de acero sobre bloques de carne viva. No es el soldado que fecunda la tierra con el jugo rojizo de una juventud malograda.

No es el sabio que da en holocausto su vida á la verdad, ni el adivino de los tiempos que á cambio del suplicio, anuncia, profetiza, redime.

Ni es tampoco el artista abrasado en la luz de su genio, consumido en sus ansias, aniquilado de una vez para siempre por lo inefable en su sueño inmortal.

Es más, mucho más que todo eso. Y he aquí que las frentes se descubren y se doblan las choquezuelas y se cubren las pupilas de llanto; porque es un hijo que ha caído defendiendo á su madre.

Por él tendrán murmullos solemnes los ríos, y estallarán en las selvas los brotes, y en los surcos germinarán las semillas nuevas, y en las ramas crujirán doblados por la brisa los pétalos húmedos y en los nidos habrá aleteos.

Para él descolgarán los poetas sus arpas de los sauces, y arrancarán á la mina los modernos titanes las moles pentélicas, para que las ablanden con sus martillos los genios y tomen forma y vida pregonando resurrección.

Porque antepuso á la propia vida la causa del vivir, y no escondió su pecho á la felonía, ni hurtó la garganta á la segur traidora; porque encarnó la vibración suprema y el espasmo infinito; porque es un hijo que cayó defendiendo á su madre.

No morirá; no puede morir. El mismo es la vida que reclama sus imprescriptibles derechos. No bajará á la tumba; es temprano aún. Temprano para sus sienes, que reclaman diademas; para

sus labios, que anuncian verdades; para su brazo, que ha de afirmar excelsitudes.

Ha caído defendiendo á su madre. El se alzará de nuevo; firme, cual la druidica encina hendida por el puñal de los sacrificios; inalterable, como en el Coloseo el escaño de los procónsules; impasible ante las injurias de las aves rapaces, como la immaculada cima del Wetterhorn.

No, no puede morir; pero si muriera, en su honor la Naturaleza salmodiaría sus rítmicos himnos y cogerían palmas los hijos de mujer. En el postrer minuto, no necesitaría buscar posturas artísticas, porque llevaría la belleza en la propia muerte.

Y una piedra se alzaría en el solitario sendero, allá, donde de día el sol besa á la tierra hasta el fondo de las entrañas, y donde de noche los astros más limpios refulgen, para decir á quien cerca posare zueco ó coturno:—¡Caminante: maldice al verdugo que mató á un hijo, defensor de la madre que lo llevó en su seno!

*
* *

Son muchos los jóvenes vencidos. ¿Por qué enojarnos cuando sus lamentos tienen vibraciones ásperas de clarín? Nos piden apoyo y se lo negamos. Quieren buscar formas é ideaciones nuevas, y arrojamos sobre ellos el ridículo. Tienen perfecto derecho á vivir, y les sitiamos por despotismo y hambre. No podemos exigir reverencia filial á quienes jamás encontraron entre nosotros ni consuelos, ni estímulos, ni protecciones, ni ternuras.

Porque no son sólo los jóvenes obreros los que se asoman al abismo buscando en su lobrequeza calma para el espíritu torturado y sediento.

Son los artistas, los escritores, los consagrados á la investigación científica, los que piensan en el aniquilamiento final para buscar acabamiento á una juventud miserable, pasada en la soledad y en el abandono.

Y así, irritados, nos increpan. ¿Quiénes somos para oponernos á una ley de renovación, más fuerte que nuestros celos y más inflexible que nuestras pequeñeces? ¿Por dónde tenemos derecho á fulminar contra nuevas orientaciones, aquí donde tantas catedrales de pensamiento se han hundido en el polvo y tantos sistemas apriorísticos se han deshecho en su propia ridiculez? Hombreres de ideas, ¿cómo podemos poner límites arbitrarios al nuevo pensar? Seres dotados de sensibilidad emotiva, ¿cómo no nos conmueve ese terrible desamparo de una juventud generosa que ve marchitarse en promesa todo su esfuerzo y toda su arduosa labor?

Esos jóvenes, obreros ó artistas, pensadores ó braceros del campo, que á los veintitrés años se asoman á los bordes de los precipicios sin una esperanza que les alumbre ni un verdadero amor que les consuele, son fuertes, no deben ser vencidos sin desmentir una ley biológica. Los obreros y los gañanes pueden resignarse al éxodo ó el aniquilamiento en el taller y la gañanía. Faltan alburas en su entendimiento, y esa voz profética en los oídos que brindaba al Marcelo latino confianza en el porvenir. Pero los otros, los que se llaman intelectuales, y llamárselo es ya merecerlo, no pueden conformarse con la perdurable obscuridad y la irremediable penuria. Son los *chiflados* de que habla Guyau, y ellos formarán la vanguardia que ha de escalar la imponente fortaleza social.

Apresurémonos á abrirles las puertas, si no queremos que nos arrojen por las murallas.

*
* *

No hallo paz en las cosas mudas; no encuentro reposo en los viejos lugares solitarios. Apartamiento, soledad absoluta... ¿Dónde? Para quien sabe amarlo todo, es decir, comprenderlo todo; para quien se ha consumido en todas las ansias y ulcerado en las llamas de todas las pasiones crueles, tienen gritos inesperados los valles, clamores las ruinas, ayes quejumbrosos el polvo de las carreteras sedientas.

Envidia á esos profundos psicólogos á lo Sterne, que se abisman en la contemplación del detalle; que describen el ruido seco del portón que se cierra, el paso medroso de la sombra que se desliza á lo largo del muro, el saludo insignificante de don Juan, don José, don Tomás y don Erme-guncio, y concluyen que la vida es allí mezquina, vulgar y soñolienta; un pequeño soplo de aire que pasa, una ráfaga débil de impaciencia que se consume. Yo veo en el sitio más solitario la huella de un tremendo combate y oigo bajo los cienos de las aguas abandonadas el inmenso hervor de la vida. Hay ocasiones en que llega á aturdirme el silencio y en que despedaza mis miembros la fatiga de la perdurable quietud.

*
* *

Una puerta desvencijada, claveteada de hierros tomados de orín, habla á ciertos espíritus de existencias truncadas, marchitas en la pasividad, ajenas á la turbulencia de la pasión, isócronas

como el lento compás de los péndulos. Hay acaso sobre ella un alféizar sobre el cual han asomado su tedio perdurable Rosa, Pepita, Asunción ó Teresa. Ha pasado tal vez un día el amor; pero se ha desvanecido en seguida entre brumas de aburrimiento; el alféizar ha vuelto á quedar solitario y el portón ha tornado á cerrarse. Más allá hay un convento, de cuya espadaña caen á la tarde sobre los agostados trigales campanadas dolientes que van á morir en imperceptible temblor sobre las aguas mansas de un río. Dentro de sus muros vagan las sombras frías de unas mujeres que rezan, se santiguan y pasan. Y una sensación de vaga tristeza se apodera del pequeño psicólogo que, en su biblioteca, reducida, polvorienta, monacal, anota en seguida una frase de Gracián ó Montaigne, áspera como el filo de un viejo cuchillo milanés, helada cual esos cristales de las empolvadas vitrinas que guardan pedazos de abanicos de nácar, tabaqueras ennegrecidas por mugres implacables y toscos relicarios en que duermen su santidad tejidos polvorientos.

Para mí esa puerta vive, palpita, ese alféizar demanda justicia y ese convento clama misericordia. Y siento que vienen llamados á algo más que á llorar añoranzas ó á fingir falsas resignaciones los que tienen una pluma ó una lanza en la mano. Sobre los mal ajustados tablones adivino las huellas de manos febriles que los han golpeado ó tal vez los golpean con ansias de cólera, de venganza ó de amor. Entre el marco de la ventana adivino la agitación de una mujer que sufre ó que espera. Detrás de las tapias conventuales me finjo un universo de amistades, de odios, de celos, de suspicacias, una ebullición turbulenta de sensaciones bruscas que se combaten y se aniquilan.

Por doquiera encuentro la vida que reclama sus imprescriptibles derechos, que exige perentorios, no sentencias de Kempis, sino fallos inexorables del desenvolvimiento y progreso científico y de leyes de humanidad.

* * *

A un sabio no le juzguéis sólo por sus obras, que pueden ser ajenas, ni por su silencio, que puede ser forzado, ni por su reputación, que alguna vez le habrá discernido la general ceguera. Pero estudiadle cuando le veáis rodeado de mujeres. A los diez minutos, si no es sabio de veras, es hombre perdido.

* * *

Los ruidos nocturnos... Ellos rememoran ensueños tempranos. ¿Por qué temer, si no tenemos, como Harpagón, una arquilla dorada, ni como los héroes de Molière, una mujer frágil y veleidosa? Dejad á los rumores que vengan, que nos encanten, que nos saquen de la estupefacción prosaica y ridícula. ¿Es verdad, ¡oh Spencer! que nos rodea y nos abrumba el misterio? Filtrese como Ulloa, salga de la redoma como Cojuelo, y del conjuro como el caballero gentil de la dura pezuña. Acaso nos traiga, si no el punto de contrición, una sonrisa fascinadora y azulada de Gretchen.

De noche, cuando ya la luz se ha extinguido en el vaso, después de dislocar en el muro las sombras, hay otros ruidos que pueden y deben atormentarnos. Recordemos al hombrecillo de Daudet, que se desliza por las chimeneas, llama repicando con los artejos en los cristales, se ade-

lanta por las alfombras para gritar con su vocecilla estridente á sus víctimas:—*¡El vencimiento, el vencimiento!* Y las víctimas tiemblan, pensando en el papelillo azul ó rosáceo, ó simplemente blanco, con cifras bizarras y amenazantes, que habrá de venir demandando el cobro ante la cerradura de las cajas exhaustas.

Y aun hay otros fragores paradójicamente imperceptibles, pero que tienen resonancias de tableteo; hervores no imaginados en Walpurgis ni conocidos en Barahona; sacudidas violentas que nosotros tan sólo podemos oír, pero que nos desvelan y sobrecogen, como el eco de una tremenda y formidable acusación.

Pero esos otros... No; de ninguna manera son temibles. Si permanecieran en el misterio, perdurable y discretamente, nos harían soñar con invisibles gnomos, fabricantes de joyas deslumbrantes, de discos de labrado y vigoroso exergo, tal vez de incomprensibles hechizos, que sólo á los soñadores es dado contemplar. Pero si una puerta se abriera, ¿por qué no recibir con amable sonrisa á la dueña de voz gangosa y nariz fiera de papagayo, que viniera con su candil negruzco á contarnos sus cuitas y aun á numerar las ocultas fuentes de una duquesa? ¿Por qué estremecemos ante el fantasma que arrastrara con sus eslabones la estupidez de siglos? Y aun, si se tratara de algo más elevado y cerúleo, ¿por qué ser menos que la fervorosa doncella de Lourdes, ó que la campesina que en la Saletta sabe describir con tan completo y adorable candor los zuecos y tontillos de una señora que, cual la de Carducci, orna su espléndida belleza con una sonrisa *mixta di la-crime?*

¡Ah, no! No os apareceréis de seguro á mí,

fantasmas vaporosos de mi niñez, tragos de mis ensueños, amenos y divertidos diablejos que tanto hicisteis plácida la irónica meditación de mis ya maduras vigiliás. Venid; á ello os conjuro, ya me traigáis los transportes enfermos de Teresa la de Avila ó las inquietudes neurósicas de Juan de la Cruz. Venga un gramo de idealidad. La imaginación ya se agosta, la esperanza se seca, el alma se muere.

Pero, no; no vendréis. Porque no sólo buscáis las tinieblas de los edificios, sino también las de los cerebros; no ya la soledad de los pasillos y de los claustros, sino la de los espíritus débiles. Obra de fibras y de células y neuronas en desequilibrio, no podéis perecer allí donde, aun con los ojos cerrados, hay un pensamiento sereno que ya ha alumbrado el día...

* * *

La mujer que más os adora, no es la que daría por vosotros la vida, ni la que sacrificaría en vuestras aras belleza y juventud. Es la que se siente capaz, por haceros felices, de arrastrar lo que más le atormenta: el ridículo.

* * *

Se ha cantado la siesta plácida y enervante en el patio refrescado por el surtidor que engarza su epitalamio en perlas, bajo el toldo moruno que se bombea al grávido beso de la implacable y ardorosa solana.

Entre las arcadas mudéjares ó neoclásicas, que evocan con sus alicatados orientales ensueños, cabe las olientes macetas de geranios y ajon-

jolies, sobre los mármoles bruñidos que repercuten choque de espuelas y rumor de sandalias.

O allá, en las refrigerantes umbrías, en donde aduermen el enamoramiento rumores de ramajes que se columpian, chasquidos de brotes que estallan, susurros de frondas que se agitan, golpes de frágiles alas que se desperezan.

Cerca de las espejantes acequias, perfumadas por el acre perfume del naranjo, sobre cuya tersura navegan los pétalos de la flor aromosa del limonero y las briznas y las aristas y los rezagos que arrojó en su lecho de fulgores y de ondas la tolvanera.

Lleno está el espacio de baladas y anacreónticas. Las acompaña el batir de los remos, ó el vibrar de las caracolas en los sitibundos apriscos serranos, ó el chapoteo de las reses en los regajales gallegos, ó el isócrono hemistiquio del grillo que dice su trova en la penumbra soñolienta del cañaverál.

Pero es bella la siesta de la tierra del fuego, el amodorramiento que punza en las sienes, el colapso sudoroso y febril del cual surge, sobre un coro de santas, la figura provenzal, desmayada y augusta de Mireya.

Es la siesta sobre arena candente, cercana á la línea en que el sol tuesta el grano, acompañada por el bordoneo del insecto de metálico coselete, envenenada por el olor de las flores silvestres malsanas, atormentada por el espasmo del deseo sensual incumplido.

Tiene acordes y ritmos en el agua abrasada que van vertiendo en desesperante monotonía los cangilones, en el golpeteo de la sangre congestionada en las sienes, en el ansia feroz é inextinguible que enciende los glóbulos en las abultadas

arterias, en el lejano grito penetrante de algún pájaro montaraz.

Tiene, como el dolor, su atractivo brutal la suprema fatiga; más allá del anonadamiento está el insensato placer del mosco que se abrasa en la llama del espíritu que en el Nirvana candente se funde; está el ara en que elevaron á Isis los egipcios y los árabes, á quienes Plinio hace ver dormir en ardientes llanuras, el gato de oro.

Abrasarse y morir. Es el ansia de las almas aborascadas, que buscaron sedación á su desaliento en el misticismo; es el grito epicúreo que supo hacer sobre un lecho de lava un tálamo de goces desconocidos á la molicie; es el alarido del ambicioso griego que busca en el fondo del Etna su delirante y loca apoteosis.

Quemarse es vivir. El placer es siempre una mordedura de fuego. Nadie puede experimentar la suprema sacudida de amor y de triunfo sin sentir en la espalda el cauterio de un soplo encendido invisible; sin bañarse en sudor de lumbre y sumergirse en un Leteo plumizo, que hierve al contacto de un transporte sensual.

Y es también aturdirse olvidar. Olvidar las morbideces cálidas y rosadas que no conseguimos y que nos atormentan con la tentación angustiada de lo imposible; los alcáceres áureos, de cuyas murallas rodamos al foso en el primer escaló; las flores, que no pudimos arrancar de su tallo flexible; las copas de rubies, que no pudimos acercar á los labios sedientos.

Y el supremo horror de la vida, llena de traición y bochorno, y la mísera inanidad de las cosas. Olvidarlo todo en la asfixia brutal, entre sensaciones que han de antojársenos llamaradas y latidos que se nos figuran golpes de yunque y

alucinaciones visuales que nos parecen chisporroteos.

Dadme la calma ebullidora de la siesta en el campo africano, frente á cercas de resplandeciente blancura; el embrutecimiento del sueño congestivo sobre tostadas mieses. Yo haré mis viajatas al infinito y os explicaré lo vivo y lo inerte, el sublime conscio y lo que llamaba Lubbock, con ironía, el gran hecho de la ignorancia humana.

Siestas frescas, umbrosas y apacibles, bajo palios de clemátidas y claveles; reposos serenos, sobre tranquilos lagos, en que flotan misterios y esperanzas. Esas confortan, pulen, vivifican.

Pero las otras, las ardientes, las congestivas, las catalépticas, las que nos emponzoñan con sus perfumes y nos envenenan con sus abrasados ambientes y nos aniquilan con sus deseos... esas matan.

Y por eso sueño con ellas; y por eso las amo más.

* * *

No hay por qué dejarse dominar por la cólera, ni ante las profanaciones y villanías de una madrastra de última hora, ni ante las rapacidades y traiciones de un servidor ingrato, ni aun ante la torpeza de los muchos amigos que aplauden á las veces un crimen y os dejan en el abandono. Desde las cumbres, el fango ni hiede ni mancha y es obligado á las almas nobles mirar desde las alturas de la idealidad, con tristeza, pero sin iracundia, las innobles bajezas de la grosería.

* * *

¡Feliz el que ha visto otros ríos que el de su patria! hay que decir, invirtiendo la frase de aquel gran reaccionario que se llamó don Alberto Lista. Dichoso quien sabe elevarse á los conceptos abstractos y los criterios amplios y los principios universales y generosos, desde los cuales no se concibe ni un solo egoísmo de campanario ni de frontera, ni una pasión mezquina, ni un odio irracional, ni un verbalismo huero que pueda servir de pretexto ni á un símbolo, ni á un lema, ni á una servidumbre: los tres fantasmas que han ensangrentado la tierra y seguirán ensangrentándola, si á ello no ponen pronto remedio los hombres de inteligencia y de corazón.

Como la evolución implica una desintegración constante de fuerzas, á la cual sigue una integración más perfecta y genérica, tiende constantemente á destruir lo exclusivo y parcial y á hacer de cada vez más efectiva la preponderancia sobre el individuo de la especie. Así, la vida tiende á socializarse, y el hombre va pasando de las concreciones limitadas de la tribu y la aldea al concepto, más comprensivo cada vez, de la patria, y luego al de la totalidad del Universo. Por el contrario, todo lo que, como grado más ó menos genérico del egoísmo, procura el aislamiento, la paralización, ó aun el retroceso ó la involución, es sencillamente un caso de atavismo. He aquí por qué la invocación á la *patria chica* sale siempre de labios de todos los enemigos del progreso. La patria chica es un concepto chico. En él se cifra la grandeza de Tartarin. Fuera de Tarascon será siempre la caza de gorras una solemne majadería, como lo es fuera de Cataluña el estúpido canto de *Els Segadors*.

* * *

La juventud á quien tanto se increpa, es de carne y de sangre, de huesos y nervios, de jugos y músculos; pero sabe más que las que la precedieron por la ley de evolución. Sabe que los pueblos modernos no deben su grandeza á las armas; antes bien, el poderío de sus ejércitos es postulado y no premisa de su hegemonía intelectual, industrial, agrícola y mercantil. Sabe que á Sedan precedió el Zollverein germánico; al tratado de París la República Norteamericana; á la fuerza naval del Reino Unido el *self government* y el libre cambio.

Está enterada de que ni una sola guerra, ni una sola batalla ha sido precisa para que la Francia del 71 se haya trocado en la de Loubet; que ni Bélgica, ni Suiza, ni Holanda han necesitado cosacos para merecer el respeto del mundo, y que en cambio la Rusia militar, tras las humillaciones del Yalú, de Liao-Yang y de Mukden, no espera sino un soplo de libertad para ser sepultada en el polvo. Sabe, por último, que ni los individuos, ni los pueblos, ni las naciones, ni las razas, pueden pagar sus deudas en onzas de plomo, sino en productos de la fertilidad de su suelo, y que toda patria, para ser respetada, necesita ante todo lo que es escudo de toda agresión y trinchera de toda alevosía: SABER HACERSE AMAR.

Pagar la deuda en plomo, teñir las manos en sangre extranjera... Eso se aplaude pronto cuando se está en los postres de un banquete y el champagne espumea, y se sabe que al día siguiente nos espera el hogar tranquilo.

Cuando se mira con la frente bañada en sudor la tierra ingrata, apoyado en el azadón, pensando en los hijos cuyas frentes ya surcan prematuras arrugas, recordando que los frutos de la propia

labor habrán de ser para disertadores y caudillos, sintiendo caer en el crepúsculo las campanadas de la tarde como un presagio de miserable y triste orfandad, entonces se piensa en que todos los hombres son hermanos y en que, más allá de las imaginarias fronteras, hay también mozos preparados á no cambiar de grado por el fusil la esteva, á no trocar por el corcel piafador de guerra la yunta, y madres que, cuando á sus hijos se los lleven, estarán otra vez dispuestas á colocarse delante del tren.

*
* *

(Al Lizenciado Pedro de Répide.)

Porque solíades, con desemuarazado despexo y donoso quanto bien acomodado artificio, ponderar las excelencias deste Madrid, mayorazgo antaño de la fortuna, blanco agora de rigvrosos y desafortados destinos aduersos, háme venido en mientes, seor Lizenciado, demandarvos jvyzio e ponencia en cosa de susso entrincada y de graue ressolución. Con aqvellos deue home conuersar quel tornen discreto; y el varon sossegado y prvdente, tenvdo es de demandar á la agena experiencia aqvello que non puede adreçarle descaminada la propia argvcia.

Ando, senyor, varias vigilijs, atormentando mi magin y tornando á darme de cabeçadas por auerigvar lo qve haya de uerdadero en ciertas nveuas qve agora corren. Júranme (y vos direysme lo qve dello menester fvere) qve myv altos y nouilísimos próceres no se recatan en mostrar hostilidad ó liuiano despego á la corte de los Felipes, en tal gvisa, que no parece sino que ovieren

tomado á pechos menoscaualla y ofendella. Lven-
gos meses caminan arreo, alexados deste nouill-
simo emporio y mvestran assaz sv inclinacion á
otros lvgares, que han topado el favor donde otros
acertaron á trouar solamente el desden y la dis-
plizencia.

A la hé, protectores digo, qve ingrato é torna-
diço harto me soy yo. ¡Válame mi buena ventural
¿Y en qué pvede hauer delinqvido este Madrid,
qve otro tyempo boluía por svs preminencias,
buscaua á los potentados y los traya á su seno
embeuescidos, como si truxera al redal paxari-
llos? ¿No es aluergue de escriptores y de magna-
tes, opvlenta la villa en alcaçares y xardines,
trassumpto de hidalgvia y en arte y en riqueza
vnica? ¿Y qué diremos de svs fventes, de agvas
mvy sabrosas é temperantes; qué de svs bosques
y svs florestas, mvy apacibles para el deleyte y
svs primaueras y otoñadas qve no las hay tales
en la redondez del planeta? ¿No fvé, digo, esta la
Corte mvy deuota de su souerano, atenta á su
iuyzio, que quando la ordenaua qve se engalanas-
se y refozilara, assi como gelo mandaua lo hazia
sinle replicar, qve no parescia sino qve ouiese
fecho pacto con la mesma ouediencia y sumis-
sion? ¿Pves cómo agora pvdo hauer ofendido su
alcvrnia, olvidado svs auolengos ó menoscauado
las tradiziones de su linaxe? ¿Cómo ha podido
merescer en vn dia lo qve no ha merescido en
veynte ó treynta generaciones?

Yo vos ruego me hagáis merced de me desen-
ganyar en punto á las hablillas que culpan á los
fauoritos, más diestros en allegar para sí merze-
des ó en imaginar alcaualas que en acallar reze-
los. Otrosí: es fama qve su exceso de precavzion
bien qvisiera apartar á su dveño de todo riesgo ó

contingenzia. Ello fvera error craso, por tener el
monarca resgvardada su vida por la nobleça de
sus vasallos, fueras ende si ouiese entre ellos al-
gvn auominable malsin, caso fvnesto, imposible
de preuer á las mexor organaçadas repúblicas.
Qvanto más que allí donde fvéremos nos ha de
topar nvestra sverte ó nvestra mala uentura y
cada camino tiene svs flores y esconde svs más
hondos uarrancos, siendo Madrid lo menos pro-
zio á trayziones y uillanias.

Con tales congoxas, sígvense á la corte mvy
grandes menoscauos y, emposdesto, otras muchas
supossyziones qve uienen todas á la ofenssar.
Mire pves el señor Lizenciado si trovar puede en
su clara sciencia conqve desuanescer tales reze-
los y mostrar como tiene la Villa y Corte hidal-
gvia é comedimyento y, en suma, aqvellas partes
qve conuienen á vna mvy grande é poderosa
civdad.

Qve, si en los priuados ouiere malqverenzia
notoria ó dannado propóssito de cavsar á Madrid
torticeramente perjvyzio, contra ese corte sé yo
otro y, enfrente dese artificio vale otra indvstria:
declarar residencia ofizial al Pardo, ó la Granja ó
el Escorial ó Aranjuez. Madrid podria muy á su
sauer y talante segvir siendo Corte de los artis-
tas, residencia de los scientes y emporio de los
caualleros. No, sino qvitadle los grandes Maestros
de Montesa, de Calatraua ó del Senyor Sant
Yago, las sedes de los nobles Prelados y los bal-
duques de las couachuelas y vereisle remoçado é
gentil, como si atal no hvuiera acáescido. Correr
han las fventes, mezerse han las copas de sus ar-
uoleadas y todo ha de permanecer en los mismos
estado é acauamyento, por la gloria de Nuestro
Senyor.

El qual permita que este homilde doctor os bese las pvlchras é más que bien adyestradas manos.

En el año sexto, día dos del dízimo mes.

*
* *

Todos tenemos en la retina la perspectiva de un árbol que algún día hubo de parecernos el más frondoso, de un montoncito de casas agrietadas que elevamos al rango de suntuosas viviendas. En ese paisaje hay acaso una iglesia de ábside austero, y esbelto y pujante campanil; un caudal de aguas que se desliza susurrante entre matorrales ó juncias; unas frescas y verdegueantes alcatifas, en cuyos muelles y aromáticos escondrijos rebuscamos pétalos nacarados ó sanguinolentos, insectos de metálico coselete, piedrecillas minúsculas, que lo mismo pueden servir de sostén á la vivienda de un animalúnculo subterráneo que ser incrustadas en la caliza diadema de un ídolo. Sobre aquellas perspectivas inolvidables vimos cruzar como saetas muchos pájaros fugitivos, cual si sintieran bajo sus plumas el espasmo crepuscular; en aquellos ambientes luminosos cayeron acompasados y graves los ecos de campanas que evocaron en nosotros misticismos adolescentes y no sabemos bien qué ansias soñadoras.

Si una mano extraña y brutal se hubiera acercado á borrar del hogar las fechas misteriosas, trazadas en días de disanto sobre las paredes ennegrecidas por el humo de los sarmientos; si un pie hubiera osado fijar su planta sobre la losa solitaria que cubre las cenizas de nuestros abuelos, allá arriba, junto á la ermita, dentro del cer-

cado trepado de hiedras; si una voz se hubiera escuchado en menosprecio, no ya de la imagen barroca que dormía en la vieja hornacina su sueño de piedra, no ya de los cantos perezosos y tristes de nuestros gañanes, sino de la dulcedumbre de los misérrimos frutos de nuestras higueras ó de la suciedad de nuestros soñolientos y mansos vellones, es seguro que, con puño firme y nervioso, hubiéramos acariciado, encaramados á la patera, el sobrado ó el desván frigidísimo, la culata de nuestro fusil. Aquello era la patria, es decir, toda la vida y la idealidad. En ella, bajo la herumbre de los siglos que fueron, palpitaba el instinto de todo lo noble y el sentimiento de todo lo grande.

Pero luego el azar nos ha llevado bajo la sombra de otros árboles, junto á la margen de otros ríos, al pie de otras torres y frente á otras vetustas hornacinas. Nuevas aves han surcado el espacio á las horas en que por los valles las sombras avanzan, y otras piedras minúsculas han hablado á nuestro cerebro de nuevas historias y geologías. Entonces, comprendiendo la poesía de aquel mundo que no podíamos presentir, los fanatismos, los amores, las ansias de aquellos hombres cuya existencia había sido un misterio para nosotros, hemos columbrado un sentimiento más amplio, más generoso, más humano, y hemos comprendido que, al ensanchar los límites de la patria, nos hacíamos dignos de más altos destinos, artistas de más sublimes y gloriosas leyendas, ciudadanos de un mundo que sólo puede redimirse y ser enaltecido por el amor.

Levantamos la vista al cielo, y allí, en el esplendor de la noche serena, nos sobrecogió por primera vez el fulgor de miriadas de mundos, se-

parados por distancias incalculables. Acaso en todos ellos había seres que amaban, que sufrían, que luchaban por su patria chica. Desde las remotas regiones de Sirio, desde la última migaja de cosmos que resplandecía millones de millones de leguas más allá de la postrera nebulosa, ¿quién podría distinguir los frutales de nuestro huerto, los ábsides de nuestras basílicas, las banderas de Suecia ó Noruega, ni siquiera las cadenas de montañas inaccesibles del Atlas ó del Cáucaso? Todo nos separaba aparentemente; pero había algo que nos unía á todos los seres y que despertaba en nosotros un instinto fecundo de solidaridad. El ansia eterna de lo absoluto en nuestros cerebros, y el sentimiento de la justicia y del progreso en el fondo del corazón.

La verdad, la belleza, la justicia, el progreso. He aquí los frutales que jamás se secan, las instrucciones que nunca se borran, los árboles que en los lustros no se carcomen, los ábsides que en los siglos no se derrumban, las banderas que nunca se arrían, las enseñas que no han de plegarse jamás. Ellas son para los hombres modernos la patria grande entre las grandes, la que en el hervoroso y perdurable fragor de las centurias, nunca puede ni debe morir.

*
* *

No hay lucha, no, como la presente. De un lado está la sensibilidad exquisita, el gusto de lo grande y lo luminoso; de otro está la barbarie y la grosería, el desprecio de todo lo augusto y solemne, el desconocimiento de todo lo que lleva el sello de Dios.

Pero el furor nos ciega y queremos aniquilar á

ese bando que nos repugna con sus bajezas, que nos ultraja con sus desmanes, sin ver que tenemos el mandato imperioso de redimirle, de levantarle á nuestra altura, de hacerle digno de comulgar de una vez para siempre en espíritu y en verdad.

Y así sembramos barbarie y miseria, sin percatarnos de que sólo su miserable fruto nos será dado allegar en trojes. Y así nos negamos á hacerle justicia, invocando una caridad denigrante y una piedad envilecedora.

Persecución, venganza, martirio... ¿para qué? Sólo hay una cosa fecunda: el amor; sólo existe un ensalmo para conquistar el destino: la actividad consciente.

Hay una palabra que repugna á toda inteligencia selecta: *revolución*. Ella es la estéril rebeldía contra la energía inmutable que se desenvuelve y evoluciona en el tiempo. Es el emblema de la fuerza brutal y descortés, que en vano pretende imponerse al ritmo supremo de las cosas. No alas pidió Bacón, sino pies de plomo, para transformar de un modo irrevocable y definitivo el universo intelectual.

Y hay otra palabra que subleva á los entendimientos serenos: *persecución*. Sobre la senda gloriosa de la Historia, ella sola proyecta esas sombras siniestras con que las aves rapaces y agoreras logran entenebrececer los crepúsculos.

Paz, amor, tolerancia, justicia, perdón. Hoy dos bandos se despedazan, y aun estamos en los comienzos de la lucha. Paz, pedía el éuskaró cantor de Vilinch. Unos y otros ven la llanura con lentes rojizas. ¡Si ambos se comprendieran!...

*
* *

Nada más estúpido que el orgullo de raza. Por atrasada que esté Rusia y avanzada Inglaterra, siempre habrá diferencia entre un sabio de Petersburgo y un imbécil de Londres.

*
* *

Todo el mundo procura no sólo saber hacia dónde va, sino hacer la ruta más breve. Pero oíd lo que dice el viejo doctor al diablo en Walpurgis: «¿Para qué abreviar el camino? Errar en el laberinto de los valles, ascender á la roca, desde cuya eminente altura se ve espejar y deslizarse las aguas eternas: he aquí el único placer verdadero.»

Ved aquí la incomparable, la enorme ventaja de esos billetes kilométricos, en que se os da en fracciones la tierra que es vuestra ó anheláis poseer. Podéis hacer y deshacer el trayecto cuando os parezca, caminar ó no á vuestro antojo, cortar los pequeños cupones que os procuran la renta de la agitación ó el sosiego. Allí donde veis un lugar que os agrada, un arroyo que corre bajo frescas alamedas sombrías, un escaño de piedra colocado á la puerta de un viejo molino, una arcada románica ó una piedra trepada por viejos musgos, allí podéis deteneros y aun dar el viaje por terminado. Aquel es el lugar que buscabais en vano; para aquel punto estaba expedido vuestro billete. Eso sí, vuestro talonario será más pequeño, porque todos, al buscar un placer, hemos arrancado un pedazo á una piel de zapa invisible, que unos gastan con miedo y otros derrochamos con la esplendidez de quien espera la vida infinita.

No saber adónde se va... Pero ese es el secreto del entusiasmo. Si como nos hacen ver los rayos X nuestra armazón caliza, nos mostraran

lo que seremos en el porvenir, ¿quién se atrevería á dar el primer paso en esa senda de la vida, á cuyo fin hay siempre unas rosas marchitas y un montón de gusanos? Ni un solo hombre quisiera volver á vivir lo que ha vivido. Es un argumento que se le olvidó al autor de *El mundo como Voluntad y Representación*. Todos quisieran tornar á ser jóvenes como Fausto; pero, como él, para vivir de otra manera, como si el fin de la existencia no fuera perseguir esperanzas que se marchitan y atormentarse por conquistar glorias que mueren.

Así, hay que buscar lo imprevisto. Libradme, por humanidad, de esos viajes que tienen restaurant á las seis, cama á las nueve y llegada indefectible á las doce ó las cinco. Tiene ya bastantes cuadrículas la vida para someterla á ese nuevo horario. En medio de la noche una voz emite palabras confusas. ¿Qué estación es ésta? ¿Nadie lo sabe? Entonces bajemos.

Ya sé, lectores, que no á todos es dado viajar así. *Non omnis licet adire... Ignotum*. Pero si una vez en la vida podemos decir que somos libres, como puede sospecharlo la piedra que se desprende en el alud, concedamos al alma ese infantil ensueño. Somos libres; es decir, estamos á merced de lo imprevisto. Arrojemos sobre las hojas grises de nuestras memorias inéditas una mancha rosada ó sangrienta; rompamos la monotonía de las cosas vulgares, la inmensa pesadumbre de los ruidos isócronos, y las charlas acompasadas, y las sensaciones iguales, y las ideas á nivel.

Un solo billete. ¿Para dónde? Para aquella ladera verdegueante, para aquella majada que sestea, para aquel arroyo que corre, para el pilar de aquella cruz. Y si llega el cansancio ó el tedio, libertad para dejar la ladera por la montaña, la

majada por la aldehuela, el arroyo por la costa bravía, la cruz por una rompiente de nubes.

No. Nada de saber ni adónde vamos, ni lo que somos, ni la suerte que nos espera. ¡Saberlo todo! ¡Si de eso lloramos! ¡Si nos morimos de esol...

*
* * *

Dos cosas grandes hay en el universo que recuerdan á la Divinidad, dice el filósofo: la contemplación del cielo estrellado y el sentimiento del deber en el fondo del corazón. Sentimiento innato, no es capaz de condicionarse por las creencias ni las opiniones. Si tomáis una creencia cualquiera, dice Franck, como condición de la moralidad humana, entonces el que no comulgue en ella estará fuera de la ley común, no hallará salvación en este mundo ni en el otro, y sufrirá la más dura de las iniquidades; es decir, la «violación de la conciencia».

Así, la moral es ilegislable. Los Decálogos no bastan á determinar sino lo que es justo; no pueden decidir lo que es bueno. La ley se dicta, se promulga y se cumple; el delincuente sufre la pena. No pretendamos más. El abismo de las conciencias sólo puede ser interrogado en vista de los motivos y por aquel que se sabe de sí.

Es más fácil, ha dicho Schopenhauer, sentir la moral que demostrar sus fundamentos. No menos cambia en sus aplicaciones, y así ha podido afirmar Aristóteles su carácter lesbiano. Las ideas, el medio, la transforman, y la moral de Budha no puede ser la moral de Epicteto. La monogamia es la regla en los países de civilización europea, mientras que la poligamia domina entre los musulmanes, y la poliandria en el Tibet.

El deber de Catón no es el imperativo de Marco Bruto; la fórmula abstracta de Kant no es la máxima hegeliana. La *ancilla teologiae* se transforma en los tiempos modernos para erigirse en dueña y señora de la conducta.

Todo cambia; han cambiado las nebulosas, y ¡ha de ser sólo el hombre inmutable! No juzguemos el hoy con las máximas de ayer. No delibremos en Occidente con los prejuicios chinos ó hebreos. Aunque el fin es el mismo, dice Wundt, que los pueblos deben proponerse, los medios y los factores cambian.

¡Insondable y profunda sima esta de la conciencia moral! En ella encontrará siempre el arte dramático sus más hondos y tremendos conflictos. El hecho que parece más nimio, la determinación que se nos antoja más fácil, puede ser la tempestad bajo un cráneo. Por eso el Cristianismo ha tenido un acierto sublime al decir por boca de su fundador: «Amalo todo y perdónalo todo.»

He aquí por qué el honor, *el placer de los dioses* que ensalza Platon y alaba Antonino, no puede ser discernido sino por las almas selectas. Ellas solas pueden juzgar al espartano que no se avergüenza del hurto hábil y diestro ó al déspota que se vanagloria de abrasar un emporio. Si al modo de los gimdosofistas, negásemos el pan á quien no acertara á explicar su conducta, dos terceras partes de la Humanidad se quedarían sin comer.

El deber... Se ha dicho por los providencialistas que su campo es el reino de los fines. Más bien es la región de la actividad espontánea subordinada á las funciones. Y si, como sustenta Coignet, se tratara sólo de funciones individuales, podrían dictarse reglas universales en un lugar y tiempo; pero hay también funciones sociales, y la

sociedad cambia, se modifica, se perfecciona. Así, la sociedad de New York no comprende á la madre de Leónidas, como la sociedad futura no podrá explicarse la impunidad de los mercaderes de carne y de sebo.

En esto, como en todo, ha de imponerse el *sustine et abstine*. Aun el deber universal se determina variamente, según condicionalidades y medios. Así, el *serva mandata* no es todo el asunto de la deontología.

Pero el imperativo de lo justo está escrito en nuestras conciencias y á él sólo debemos atender para merecer la propia vida. «En el alma de los buenos—me ha escrito un genio infortunado, Alfredo Calderón—no es la esperanza lo último que muere; aun le sobrevive el deber.»

*
* *

Quien te hace bueno te hace feliz. Los ingleses han dicho: *The devil is the ass*. El diablo es un burro.

*
* *

Yo he pasado la noche en un viejo claustro. Sobre piedra deleznable y rojiza trazó sus arquillos, esculpió sus pequeños monstruos, unió sus columnas gemelas el arte románico. Suenan allí los pasos como medrosos llamamientos á lo que fué. A un lado se adelanta el ingreso de la colegiata, y en el patio se disputan el jugo de la tierra mística, musgos, aliagas y campanillas silvestres. Y el muro, sombrío, ciclópeo, está cubierto de inscripciones mortuorias; más que muro es aquel un osario en que están depositados los restos de nobles, mercenarios, magnates y obispos. No sin

esfuerzo es posible descifrar sus nombres á la luz de la luna. ¿Para qué recordar aquel mundo que se deshizo en polvo? «Vanidad—dice Kempis—es buscar lo que tan presto se pasa.» Y errando entre osarios, palpando las tumbas con la mano febril y trémula, se llega hasta un lugar escondido, en donde una tabla de roble incrustada en la vetusta pared parece ocultar un impenetrable misterio, que es á la pasión incentivo y á la curiosidad acicate.

Leve impulso á una pequeña y oxidada aldabilla, hace caer el tablón, ya sustentado solamente por dos visagras, y aparece tendido sobre lienzos apolillados, que acaso un día fueron recamados tísúes, un esqueleto largo, bien conformado, de seguro el de un hombre gallardo y gentil. Sus cúbitos aparecen cruzados, como en demanda de piadosa misericordia inefable; su cráneo se inclina á uno de los lados del pulverizado cojín, como pidiendo paz su postrera mueca. Y á sus pies aparece un arcón blasonado, que debió un día contener pergaminos, y sobre él aparecen los escudos de Castilla y León. Descansa allí un heredero de sangre real; un príncipe acaso, tal vez un rey. Es posible que sea un hijo del infortunado don Juan, ó acaso uno de los siete infantes de Lara. Es lo mismo: se ha perdido su nombre, como el humo de las cabañas de rastros; se ha extinguido su gloria, como la luz en el seno del viento. Sus huesos, puestos al descubierto en la noche silenciosa y macabra, reclaman de todos sus deudos que duermen cercanos un vitor, un lamento, un ruido de tibias y vértebras, que por su unanimidad denote al caudillo y con su fragoroso temblor designe al monarca.

Todo ha pasado en la labor irascible del tiem-